

Las Navidades de San Antonio

San Antonio había cumplido apenas los cinco años de edad. Era, pues, un niño. Por entonces aun vivía en un hermoso palacio en Lisboa, y no se llamaba Antonio, sino Fernando de Bouillón.

Aquel día de diciembre frío oyó llamar apresurada y reiteradamente a la puerta. Bajó, pues, a abrir a toda prisa.

Los que llamaban eran un Niño de ojos azules y larga cabellera y una mujer hermosa como un sol. El Niño iba vestido como los pastorcitos, los pies desnudos y de su cuello llevaba pendiente una alforja. La Madre llevaba un bastón de caminante.

—¿Quién eres Niño?—preguntó el pequeño Fernando de Bouillón.—¿Quién es la Señora que te acompaña?... ¿De dónde vienen?...

—Soy el mendigo del Amor divino y la Señora que me acompaña es la Madre del Amor hermoso. Los dos venimos del Pa-

raíso. Mi Padre es allí Rey y mi trono está al lado de su trono... Tengo hambre y sed de que me amen. Vengo a mendigar tu corazón. ¿Quieres darme tu corazón?...

—¡Oh querido Niño mendigo! ¡Oh graciosa Señora! Siento ya que mi corazón os ama. Pero antes de entregaros mi corazón, deseo saber vuestros nombres.

—Me llamo Jesús—dijo el Niño.

—Me llamo María—dijo la Madre.

Y ambos volvieron a decir, a una voz:

—¿Quieres darnos tu corazón?

—Os lo entrego para siempre—dijo Fernando cayendo de rodillas.

Y yo, en retorno—dijo María—, te adopto por hijo mío. Toda tu vida serás mi hijo y yo seré tu madre.

—Y yo—dijo Jesús—te tomo por el mayor amigo de mi Corazón.


Entonces se echaron en los brazos el uno del otro.

Por primera vez Jesús le prodigaba sus divinas caricias, y poniendo en sus manos todos los tesoros de su poder, de su sabiduría y de su amor, le dijo:

—Con estos tesoros cómprame corazones. Te doy, para esto, el poder de los milagros.

M. A.

3 MINUTOS DE FILOSOFÍA



Una gran virtud de la mujer: la abnegación. Un gran defecto femenino: la vanidad. ¡Cuántas mujeres se dan al vicio por afán de lucir, más que por lujuria!...

Reprime tú la vanidad y serás un ángel.

Antes de bautizarte, te preguntó el sacerdote:

—¿Renuncias a las pompas del demonio?

—Renuncio—contestó por tí tu madrina.

¿Por qué, pues, te haces con tanta facilidad esclava de la moda indecorosa?

¿Crees que eres templo del Espíritu Santo cuando vives en gracia de Dios? ¿Crees que eres miembro del Cuerpo místico de Cristo?...

Pues, entonces, no comprendo que regatees un centímetro más de tela en tus mangas o en tus escotes. No se trata de centímetros o milímetros. Se trata de sentirse o no hija de Dios.



Anda, ve y dile a tu madre que no quires ser cigüeña; o que te alargue las faldas o que te corte las piernas.

Si hicieses por tus pecados la mitad de penitencia que por la moda te impones... ¡ibas al cielo derecha!...

¿Es tu esposa esa que llevas del brazo, casi desnuda? ¿Tú me dirás de los dos cuál tiene mayor frescura!

Arxiu
Milla
Juneda